



PERSPECTIVAS DE LA HISTORIA ECONÓMICA EN MÉXICO

ENRIQUE FLORESCANO

I. EL PESO DE UNA TRADICIÓN

Contra la tradición que exige a las nuevas generaciones de historiadores continuar el camino de sus antecesores, cada época demanda a los hombres que reconstruyen el pasado “reescribir la historia”, fecundar su oficio con las ideas, los métodos y los problemas de su tiempo. La historia-vida como la historia-ciencia no podrían avanzar sin esta interacción continua entre tradición y cambio.

Para los historiadores mexicanos que hoy comienzan a formarse o a escribir, la tradición es la historia-acontecimiento, visible en su representación más exaltada: la historia política, y manifiesta sobre todo en una determinada manera de concebir y practicar la historia (crónica, historia de “los grandes momentos”, servidumbre al documento, historia de tijera y engrudo, historia calendárica, etcétera). Bajo una u otra forma, esta clase de historia domina desde hace tiempo el grueso de la producción mexicana y aspira a perpetuarse. Tiene detrás apoyos nobles que parecen justificar sus pretensiones: en su momento de esplendor produjo algunas obras de primer orden que hacen mayoría en el reducido grupo de “nuestros clásicos”. Y no debe olvidarse que fueron sus cultivadores más eminentes quienes asestaron el primer golpe a la crónica —el más tradicional de los relatos— al imponer rigor y método en las investigaciones. Fue esa tradición que entonces era vanguardia la que introdujo la costumbre de criticar y exigir veracidad a los testimonios. Fue ella, en fin, la que en una época que carecía de escuelas e institutos de historia, hizo de esta actividad un ejercicio profesional. Pero estoy hablando de una tradición que nació al comenzar el siglo XIX y alcanzó su punto más alto en la segunda mitad de esa centuria.

Hoy los productos de esa clase de historia han dejado de ser creativos. Sus seguidores, a fuerza de no innovar, han terminado por repetir sus temas y exacerbar sus defectos. La vanguardia se convirtió en tradición cuando por una esclerosis progresiva derivó en la gran corriente que se empeñó en cultivar esa visión esencialmente política que desde el siglo XIX tienen los mexicanos de su historia. Ni siquiera los sujetos de estudio han variado y por eso persiste ese interés excesivo por los “hechos singulares”, las figuras notables y las instituciones. En

cuanto a los métodos: se repiten sin modificación los que heredamos de la crónica y la historia positivista. En fin, del legado más importante de esa tradición se desprende una cronología, una serie de instantáneas y hechos políticos sin apoyo en los procesos sociales, económicos y mentales que han contribuido a modelar la historia del país. De ahí proviene esa imagen deformada de nuestro pasado que se va amplificando a medida que se desciende de la monografía especializada a las historias generales. Y, finalmente, como herencia última de esa tradición, queda una mentalidad, una manera de concebir y practicar la historia que además de sus limitaciones evidentes opone una barrera a todo intento de renovación.

Hace poco comenzaron a minar esa barrera los investigadores que después de 1930 propusieron nuevos campos de estudio: historia social y económica, historia de las ideas, historia del arte y de la cultura, antropología, etnohistoria, etcétera. Pero los treinta años transcurridos desde que se inició ese movimiento muestran que hace falta algo más que el deseo de explorar nuevas áreas de estudio para transformar hábitos tan arraigados.

La tradición es un proceso de sumas, adaptaciones y sincretismos cuyo objetivo último es evitar el cambio cualitativo, el salto pleno que rompe con el pasado y abre una nueva época. Adaptarse a los nuevos aires sin realmente cambiar, tal ha sido hasta el momento la constante más significativa de nuestra historiografía. Lo prueba la producción de los historiadores mexicanos de 1940 a la fecha.¹ En ese periodo el aumento cuantitativo de artículos y libros dedicados a la historia económica, social, de las ideas, del arte y de la cultura puede considerarse prodigioso en relación a lo que se hacía antes. Sin embargo, si excluimos algunas obras notables, el cambio cualitativo es insignificante. No puede hablarse de cambio sustancial cuando lo nuevo en historia económica es simplemente el tema; no puede haber creación ni impulso renovador cuando en la historia del arte se describen e interpretan los fenómenos estéticos de la misma manera que lo hacían los historiadores decimonónicos; no se puede estimular el cambio cuando los investigadores de los hechos sociales recurren a las recetas estereotipadas de la historia política. Cierto que al aparecer todas esas obras se fracturó definitivamente el monopolio que antes ejercía la historia política. Y es cierto también que la mayoría de esos estudios son contribuciones valiosas por el simple hecho de que aportan datos sobre lo que no se sabía. Con todo, lo trascendente es que en la mayoría de esas obras siguen imperando los viejos hábitos, los métodos gastados y la incapacidad

¹ Véase el volumen colectivo *Veinticinco años de investigación histórica en México*. El Colegio de México, México, 1966 (edición especial de la revista *Historia Mexicana*, donde originalmente fueron publicados los ensayos bibliográficos que integran el volumen).

creativa de la historia tradicional. Y es que el aire fresco que comenzaba a respirarse se vició sin remedio cuando el interés que despertaron esas especialidades no se acompañó de un interés correlativo en los nuevos métodos e ideas que en otras partes renovaban desde adentro a la vieja Clío.

La voluntad de permanecer sin transformarse se revela también en la reticencia o aceptación condicional con que se acostumbra recibir a los estudios que de alguna manera se apartan de la corriente tradicional. Si se reconoce "la importancia y el mérito" de una nueva manera de enfocar nuestro pasado, inmediatamente se le aísla en los casilleros de la cuasihistoria, se realzan sus limitaciones y nadie piensa seriamente en probar si las cualidades antes destacadas pueden fecundar su propio campo. Es así como las aportaciones trascendentes que han producido los cultivadores de algunas especialidades se tornan infecundas en el momento mismo de nacer. Para el vecino de enfrente son como frutos exóticos a los que de antemano se les niega capacidad de transplante en la parcela propia. De ahí que, una vez dividido el gran edificio de la historia en numerosos apartamentos, cada quien viva encerrado en el suyo, mirando de reojo al vecino sólo para conocer y difundir después sus defectos.

El extremo a que nos ha llevado esa práctica, que impide que las aportaciones de una especialidad fecunden a las demás, está a la vista en esas obras pequeñas o ambiciosas donde hay de todo, pero dividido en estancos que no se comunican entre sí: aquí historia política, más allá económica, en otro lado social, y así sucesivamente. El procedimiento no es de ninguna manera casual, nace del instinto de conservación. Permitir el contacto directo, el flujo y la influencia recíprocas de los métodos e ideas que animan a las nuevas especialidades, sería tanto como destruir las bases sobre las que reposa la concepción tradicional que se tiene de la historia.

Hay, pues, muchos signos que muestran que la historiografía tradicional ha agotado sus posibilidades internas de renovación. Ha perdido, como se decía en otro tiempo, su "impulso vital". Pero se esfuerza desesperadamente por sobrevivir y, en ese intento, acaba por convertirse en un obstáculo para las corrientes innovadoras, o busca nulificarlas a través de un proceso de cooptación más hábil y provechoso, puesto que simultáneamente evita el enfrentamiento radical y aísla a los focos renovadores. De manera que el cambio sustantivo, si cambio ha de haber, tiene que revolucionar el subsuelo que hasta hoy determina el sentido y la manufactura de las obras históricas.

II. UN CAMBIO NECESARIO: HACIA UNA HISTORIA ABIERTA Y EXPERIMENTAL

No sólo en México, en muchos países la concepción tradicional de la historia está en crisis. Padece desgarramientos internos y sufre el ataque desconsiderado de heterodoxos y francotiradores. El culpable es el gran desarrollo teórico e instrumental de las ciencias vecinas: economía, sociología, geografía, demografía, psicología, antropología, etnohistoria, etcétera. Sobre esa revolución en la teoría y en los métodos, que experimentaron en los últimos años ciencias más "prácticas" que la historia, se apoya el desafío lanzado a la tradición. Y así como el cambio sustancial, que todavía hoy no cesa de transformar a las ciencias humanas, vino de disciplinas no muy ortodoxas y con poca o ninguna tradición, así en historia los aires nuevos comenzaron a soplar desde posiciones de frontera, en el seno de especialidades mal definidas y decididamente sin prosapia. Un día, los historiadores inconformes y los vocados al experimento decidieron buscar en otras tierras el campo adecuado para realizar sus aspiraciones. En la aventura rebasaron los límites de su disciplina, penetraron en áreas antes vedadas y descubrieron que ahí se practicaban técnicas, ideas y experimentos mucho más audaces que los suyos. Superada esa barrera lo demás fue rápido y sencillo. De la apertura al diálogo y al experimento nació la necesidad de conocer esas prácticas y luego el deseo de adaptarlas a sus propias preocupaciones. El cambio no se hizo esperar. La comunicación entre historia, economía, sociología, demografía, antropología y otras ciencias, dio origen a las nuevas especialidades que desde hace más de treinta años revolucionan la vieja concepción de la historia:² historia cuantitativa —o *New Economic History*, como la llaman en Norteamérica—, demografía histórica, geografía humana, historia social, historia de las mentalidades, etcétera.

Revolución es la palabra justa para denominar ese cambio puesto que todo se transformó radicalmente. Del interés por los hechos singulares se pasó al estudio de los fenómenos colectivos, al examen de esos hechos económicos, sociales, demográficos y mentales que al repetirse diaria e indefinidamente a través de los tiempos, modelan la estructura profunda de una época. De una historia cuya finalidad era describir o "dejar hablar al documento", se dio el salto a una historia esencialmente explicativa, guiada por hipótesis y abierta a la imaginación. La afición por los hechos deslumbrantes, pero instantáneos, fue sustituida por el interés en los hechos de duración larga y media que condujo

² Véase los ensayos de Fernand Braudel reunidos en *Historia y ciencias sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 1968. En ellos se traza el cambio operado en la historia por virtud del contacto con otras ciencias.

al descubrimiento de otros tiempos distintos a los de la cronología política. Del apego a las fuentes tradicionales se pasó a la búsqueda irrestricta y heterodoxa de nuevos testimonios que ampliaron los horizontes de la investigación. Y, en fin, por virtud de esos contactos y transformaciones, se pasó de una historia encerrada en sí misma y sin posibilidades de renovación interna a una historia dinámica, agresiva y abierta a todos los experimentos.

Tales son los aires que hoy transfiguran el fondo y la forma de la vieja historia. Pero lo importante es que si al principio sólo estimularon a quienes estaban dispuestos a aceptar el cambio, hoy inquietan y atraen a los historiadores más tradicionales. En muchos países la nueva historia ha dejado de ser una herejía. Sus aportaciones ya no se rechazan sin meditación ni se piensan exclusivas de las especialidades que las propiciaron. Poco a poco se integran a las preocupaciones de los demás historiadores y se establece un comercio activo entre viejas y nuevas concepciones. Una parte del ciclo se ha cumplido; su etapa siguiente es todavía impredecible; pero es seguro que el diálogo que hoy comienza entre las aportaciones de la vieja y la nueva historia lanzará a los historiadores a una nueva aventura, más osada y fructífera para el desarrollo de las ciencias del hombre.

Para nosotros, como lo señaló hace tiempo Alfonso Reyes, el problema es doble. Por un lado es obligatorio conocer lo que se produce en casa, y por otro es indispensable seguir de cerca lo que se hace en el exterior. Pero ocurre que en ocasiones la producción local nos absorbe de tal manera que por mucho tiempo nos desentendemos de la externa. Otras veces, movidos por el deseo de reparar esos olvidos y acortar distancias, trasladamos mecánicamente conceptos e ideas que en otras partes han probado sus bondades pero que no siempre se ajustan a nuestra realidad. En ambas situaciones tocamos los extremos. Hoy, por ejemplo, todo parece indicar que nos encontramos en el límite del primer caso. No sólo estamos bastante alejados de las corrientes que en el exterior transforman a la historia, sino que aun entre nosotros la comunicación es difícil o simplemente no existe. En una época en que abrirse al exterior es casi una cuestión de vida o muerte, seguimos empeñados en cultivar ese hermetismo que Octavio Paz destacó hace veinte años como una de nuestras tendencias más peligrosas.

En historia las pruebas de esta vocación al hermetismo son a tal punto abundantes que parecen increíbles. Los cultivadores de las diversas variantes de la Clío mexicana no sólo rechazan la posibilidad de establecer contactos entre sí. Cada quien procura andar tan separado de los demás como éstos de aquél, y algunos llegan al extremo de pontificar en sus cenáculos que no hay más ruta que la que ellos

señalan. “Conocemos —dice Octavio Paz— el delirio, la canción, el aullido y el monólogo, pero no el diálogo.”³

Una política que promoviera el diálogo entre nosotros y con el exterior bastaría para renovar nuestra historiografía y lanzarla hacia nuevas metas. Son hoy tan numerosas las aportaciones de cada una de nuestras especialidades que el solo esfuerzo de comparar entre sí sus resultados, de integrarlos en el todo de que forman parte, arrojaría una nueva visión de la historia mexicana. ¿Y qué decir de las perspectivas que abriría el intento de aplicar el instrumental teórico y metodológico de la “nueva historia” al material empírico acumulado por varias generaciones de historiadores? He ahí un primer paso que además de inyectarle sangre nueva a nuestra disciplina, ayudaría a corregir otra desviación suicida: la ausencia de comunicación entre ciencias vecinas. Recuerdo que en los manuales donde se explicaba qué era la historia, había un apartado donde se listaban las “ciencias auxiliares” de esta disciplina: geografía, sociología, economía, etcétera. Esos manuales eran obra de autores extranjeros. En México no existe esa concepción. Sería necesario una larga búsqueda para localizar un libro mexicano que integre de verdad los datos de la geografía a los problemas históricos. Y todavía es más desesperante no encontrar en las obras de los geógrafos las aportaciones de antropólogos, sociólogos o historiadores. ¿Y quién negará, en este país donde recorrer espacios equivale a transitar épocas históricas, que el enfoque combinado de historiadores y geógrafos no iluminaría muchos aspectos esenciales de nuestra historia pasada y presente?⁴ Algo semejante puede decirse sobre la incomunicación entre historiadores, sociólogos y economistas. Sólo los antropólogos, y algunos especialistas que se ocupan de épocas que carecen de testimonios escritos, recurren con frecuencia a los métodos y conocimientos de otras ciencias.

Dialogar en familia, con los vecinos y el exterior, es sólo una manera de abrir las puertas a la renovación. Otra, también experimental y fecunda, es intentar un enfoque de nuestro pasado distinto del que hasta la fecha se ha practicado. Hace menos de tres años, en una reunión de historiadores europeos destinada a revisar lo hecho en historia social, decía Ernest Labrousse: “nous avons fait, jusqu’ici l’histoire des Mouvements et... nous n’avons pas fait assez l’histoire des Ré-

³ *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 47.

⁴ Uno de los muchos caminos posibles para unir con fruto las aportaciones de la historia y la geografía, lo ha señalado recientemente A. Moreno Toscano, *Geografía económica de México, siglo XVI*. El Colegio de México, México, 1968. Véase también su artículo “Toponimia y análisis histórico”, *Historia Mexicana*, xix, 1969, pp. 1-10.

sistances".⁵ Esas palabras tienen plena validez para el conjunto de la historiografía mexicana. Desde que hubo historia entre nosotros, el interés se concentró en los acontecimientos relampagueantes y de gran estruendo, generalmente de naturaleza política, que por su violencia e intensidad parecían ser los principales agentes del proceso histórico. Más tarde, y por contagio inevitable, los especialistas de la historia social, de las ideas y la cultura, dedicaron también su atención a los "momentos estelares". En suma, hasta aquí hemos hecho la historia de los cambios violentos, de las élites y de los triunfadores; rara vez la historia de los marginados, de los derrotados y de las masas; casi nunca la historia de los largos procesos que conforman la mentalidad de estos últimos grupos y explican sus aspiraciones, sus frustraciones.

La historia de México no es sólo la historia de "sus tres grandes movimientos triunfantes: Insurgencia, Reforma y Revolución". Es también, y en una proporción numérica mucho mayor, la historia de incontables movimientos fracasados, de resistencias seculares, de miles de pueblos y hombres marginados. ¿Qué es la historia de los indios y campesinos de México, si no una historia de resistencias al cambio y de explosiones frustradas? ¿Qué es la historia de la mayor parte de los pueblos y pequeñas ciudades del país, si no una historia cuyo ritmo marca un compás diferente y extraño al de "nuestros grandes movimientos", y donde todas las estructuras —económicas, sociales y mentales— ignoran o se oponen al cambio que estimulan desde fuera las élites?⁶ Hablar de resistencias es una manera de referirse a las supervivencias, a esas voluntades que desafían el cambio porque están fincadas en estructuras cuya finalidad es coagular el tiempo, impedir la transformación que produciría su muerte. A una de esas supervivencias: la negativa de un grupo de comunidades campesinas a dejar de serlo, se refiere el hermoso libro de John Womak, Jr.⁷ Sin embargo, sabemos poco o casi nada de las supervivencias religiosas, mentales, económicas, sociales y políticas que hoy todavía luchan por prolongarse. He ahí la otra, inmensa y oscura cara de nuestra historia que es preciso conocer para acercarnos a la verdadera imagen de este país contradictorio.

En historia de las ideas, una de las especialidades más innovadoras de los últimos años y menos aprovechadas, el maestro José Gaos había señalado un camino para estudiar el cambio y las constantes del pensamiento a través de lo que él llamaba *semántica cuantitativa*. Esto es, a través de la acumulación de las ideas que sobre un determinado

⁵ *L'Histoire sociale. Sources et Méthodes*. Presses Universitaires de France, Paris, 1967, p. 5.

⁶ Véase, en este sentido, el excelente libro de Luis González, *Pueblo en viño. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México, México, 1968.

⁷ *Zapata y la revolución mexicana*. Siglo XXI, México, 1969.

aspecto se producen en un periodo, seguidas de su ordenación conceptual y cronológica, con el objeto de extraer de ahí un cuadro de las ideas de una época que permitiera estudiar sus frecuencias, su continuidad, sus rompimientos y los grupos o individuos que las emitieron. Este proyecto, como muchos otros que dio a conocer y comenzó a desarrollar con sus alumnos, era apenas la primera parte de lo que según el maestro se podía hacer, *ahora*, en esta rama de la historia. Después del periodo de las encuestas laboriosas, de la acumulación, ordenamiento y clasificación de las ideas, vendría una segunda etapa —que no vio cumplida y en cuya falta se apoyan las principales críticas a este método—, el momento de conectar esas ideas con la realidad que las genera, con los hechos políticos, económicos y sociales que las nutren y explican.

Ésta y muchas otras ideas que sembró Gaos en México pueden ser utilizadas provechosamente por los historiadores de la vida social, económica, del arte y de la cultura. Apoyados en esos catálogos y cronologías de ideas y acontecimientos grandes, pequeños, estables o fugaces, podremos algún día fijar el movimiento, los ritmos y cadencias hasta hoy desconocidos de nuestra historia social, económica y espiritual. Por ese camino se podría obtener una historia del movimiento de esos procesos apoyada en el estudio de su propio ritmo, no derivada de una cronología ajena (la de la historia política, única disponible ahora), sino inmanente a ellos.⁸ Y conociendo individualmente los distintos ritmos de un proceso y su tendencia general, podríamos entonces comparar ese movimiento con el que siguen los demás procesos, y así llegar a registrar con exactitud esos momentos esenciales en los cuales los procesos económicos, sociales, políticos y mentales confluyen o se desfasan. Esos desfases, esos diferentes ritmos de desarrollo que adoptan los procesos que intervienen en la historia, ofrecen una nueva explicación de los cambios históricos; pueden ayudarnos a conocer las causas profundas de esas grandes convulsiones que a menudo conmueven nuestra historia.

Apertura hacia nosotros y hacia el exterior, comercio activo con los problemas e ideas de otras ciencias lejanas o próximas a la nuestra, práctica de nuevos enfoques y métodos, todo ello nos puede llevar a una nueva historia, a una historia que por lo pronto deseáramos que fuera simplemente abierta y experimental. Abierta tanto a los aires que vienen de la tradición, como a los nuevos que soplan por el mundo. Y experimental, porque ésta ha sido siempre la tradición de la ciencia, la única manera de renovarse sin cesar.

⁸ El interés por conocer el ritmo (o los ritmos) de desarrollo de cada uno de los múltiples procesos que intervienen en la historia, no tiene nada que ver con el interés puramente calendárico de otros tipos de historia. Se trata de un interés en los *movimientos*, no en las fechas.

Y seguramente cada una de las diversas variantes de Clío tiene algo que decir sobre este posible, deseable cambio. La historia económica, una especialidad reciente en nuestro medio, y, por tanto, abierta al cambio y a los experimentos, puede contribuir a esa renovación necesaria.

III. PERSPECTIVAS DE LA HISTORIA ECONÓMICA EN MÉXICO

La bibliografía que preparo sobre la historia económica de México (hasta la fecha he reunido un material considerable sobre los periodos prehispánico, colonial e independiente),⁹ aunque todavía bastante incompleta, revela el enorme interés que en los últimos años han despertado estos temas. Lo comparten historiadores nacionales y extranjeros, pero puede decirse que las aportaciones de estos últimos, además de introducir novedades temáticas y metodológicas, mantienen un promedio de calidad más uniforme y son más numerosas en todas las épocas. Naturalmente, el predominio de la producción extranjera se debe a las aportaciones de los historiadores norteamericanos, aunque también son importantes los estudios de españoles, franceses, alemanes, sudamericanos e ingleses. Por último, el desequilibrio mayor se localiza en las preferencias que manifiestan los investigadores por determinadas épocas. El periodo colonial se lleva la parte del león, tanto en cantidad como en calidad. Le sigue la época prehispánica y en último lugar, queda el periodo independiente, pues en proporción a la gran riqueza de sus fuentes y las múltiples oportunidades que ofrece "para hacer un nombre en la historia", continúa siendo "un siglo olvidado".

No cabe hacer aquí el análisis detenido de esa inmensa producción. Pero sí es necesario, para los fines de esta ponencia, destacar algunas características generales de ella que tienen relación con el desarrollo y perspectivas de la historia económica en México.

Con las inevitables valiosas excepciones que confirman la regla, la mayoría de esos estudios exaltan al extremo las virtudes del trabajo monográfico. Elegido el tema, se va a los archivos a buscar exclusivamente lo que a él concierne, y si algo surge en la investigación que amenaza con rebasar los límites previamente fijados, se le extirpa sin contemplaciones. Al menos ésa es la impresión que deja la lectura de esos estudios laboriosos donde no hay relación alguna con los temas ve-

⁹ Actualmente preparo con la ayuda del Social Science Research Council una bibliografía del siglo XIX destinada a recoger fuentes estadísticas y documentos cuantitativos. Pienso reunir este material bibliográfico en un solo libro que sirva a todos los interesados en la historia económica de México. Por esa razón la bibliografía preliminar anexa a esta ponencia no se publicará en las *Memorias* del Congreso.

cinos y menos con los aspectos generales de la historia. Resultado: la mayoría de esas contribuciones requieren un esfuerzo posterior que las integre al todo de que son parte y permita entonces comprender su significado. Se confunde así la necesidad metodológica de aislar un fenómeno para estudiarlo mejor, con una manera de entender la historia, con la mala costumbre antes señalada de dividirla en estancos y parcelitas sin conexión entre sí. De esa práctica se derivan dos males que afectan tanto a la historia económica como a la historia sin adjetivos: al mismo tiempo que se anula la posibilidad de que el análisis económico enriquezca el análisis histórico, se frustra también el intento de crear contactos fecundos con los métodos y problemas de otras especialidades.

Nadie puede negar que esta tendencia al monografismo cerrado y erudito sirvió en un momento para frenar la "historia impresionista" que se venía haciendo con un mínimo de datos y un máximo de "imaginación". Pero hoy, sin duda para confirmar nuestra vocación a los extremos, estamos exactamente en el lado opuesto. Mientras se publican cientos de pequeños estudios valiosos o sin horizonte, carecemos de síntesis, de obras de imaginación que restituyan el todo e interpreten esa producción cada vez más ingobernable. Y para la historia económica, disciplina todavía sin arraigo en nuestro medio, esta situación no es nada favorable. ¿Cómo se puede pedir a los investigadores de otras áreas que fortalezcan sus interpretaciones con los datos de la realidad económica si no podemos ofrecerles ni siquiera un esquema de los principales procesos económicos que les sirva de apoyo? Teóricamente hasta el investigador más reacio a desprenderse de sus hábitos mentales podría aceptar que no se puede hacer historia social sin acudir a los hechos económicos que expliquen el origen de las diferencias y antagonismos sociales. Y lo mismo se podría decir acerca de la necesidad teórica de integrar el análisis económico al estudio de la historia política. Pero entre la teoría y la práctica, además del grueso colchón de tradiciones que dificulta el intercambio efectivo, hay un vacío: no existe ni una historia económica general, ni historias particulares sobre procesos capitales de la historia económica (geografía económica, historia demográfica, historia agraria, desarrollo industrial, comercio interior y exterior, política económica, clases sociales, poder económico e influencia política, etcétera). Y no veo ninguna posibilidad de que pueda establecerse un comercio activo entre historia económica y las demás especialidades mientras persistan estas grandes lagunas. Creo que todo proceso de intercambio opera sobre la base real de préstamos, enriquecimientos e influencias mutuas. Y mientras no exista esa base, *mientras la historia económica no se constituya como algo indispensable y necesario dentro de la práctica de las otras especialidades*, no habrá posibilidad de intercambio ni de transformación recíprocas.

En otras palabras, el asunto de integrar los métodos, las ideas, los problemas y resultados de la historia económica a la práctica corriente de nuestra historiografía, es en primer lugar un problema nuestro, como lo es también para los demás investigadores de especialidades nuevas que aspiran al mismo fin. Pero no se trabaja en favor de esa integración siguiendo los hábitos de la historiografía tradicional. No es por el camino de la monografía encerrada en sí misma como podremos hacer de la historia económica una disciplina viva, en estrecha comunión con los problemas de la historia. Y, por otro lado, hay problemas todavía más prácticos y serios que nos indican que debemos intentar otro camino: carecemos del tiempo, del material humano y de los recursos económicos para esperar a que por un proceso acumulativo que duraría largos años se llenen esas lagunas y comience entonces el proceso de integración.

Creo que todos los caminos para llegar a esa deseada integración quedarán abiertos si partimos de la idea de que la historia económica no es una parcela, ni un género ni un agregado de la historia, sino una parte consustancial del desarrollo histórico, en relación viva y permanente con los otros procesos que lo determinan. Los historiadores, aun los más especializados, no pueden dejar de pensar que su tarea comienza y acaba en ese punto central donde converge todo lo que es historia: el hombre. Un universo que no admite la especialización más que como un paso metodológico para acceder a una comprensión más amplia y profunda de él. Y en el caso que nos concierne, la historia económica, ésta ha probado en los países donde es vanguardia que puede penetrar profundamente en una de las partes de ese universo sin olvidar el todo. Creo que si esta idea se incorpora a nuestros estudios de historia económica, a la investigación más especializada y erudita o al intento de síntesis e interpretación más general, podremos llegar a esa integración portadora de cambio en un tiempo mínimo y aprovechando al máximo los recursos disponibles.

Las líneas que siguen pretenden mostrar, a través de ejemplos concretos, algunas de las muchas posibilidades que tiene la historia económica de llegar a esa meta utilizando los más variados caminos: desde la síntesis hasta el estudio monográfico.

A. El análisis general: Las síntesis como interpretación de lo hecho y apertura de nuevos horizontes.

La síntesis, el análisis general y todo esfuerzo con pretensiones totalizadoras son vistos a menudo como la última etapa de un camino previamente pavimentado por numerosas monografías. Tal vez esto sea cierto para quienes conciben la síntesis como mera ordenación de

conocimientos dispersos. No lo es para quienes ven en ella la oportunidad de reflexionar sobre lo que es esencial en el desarrollo histórico. En esta última categoría se inscriben las síntesis creativas, aquellas que aparecen no al final de un proceso historiográfico, sino cuando las ideas tienen que señalar metas a la investigación. Recuerdo dos tipos ejemplares de esta clase de síntesis. Una es la obra de Marc Bloch: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*; la otra es el libro del historiador belga, Henri Pirenne: *Historia económica y social de la Edad Media*. Las dos fueron producto, más que de otra cosa, de la reflexión inteligente, puesto que en el caso de la obra de Bloch casi no había nada detrás, y en el de Pirenne quizá se había hecho demasiado. Ambas propusieron nuevos enfoques, plantearon otros problemas, señalaron nuevas perspectivas y finalmente fueron superadas. Ambas siguen siendo obras clásicas. De obras de esta especie requiere nuestra historiografía, tanto para otorgarle un sentido al conjunto de lo hecho, como para despejar el horizonte y mostrar otras perspectivas. En historia económica, campo virgen, el análisis general puede practicarse provechosamente en todas las escalas.

Síntesis de épocas. Entre los análisis de tipo general el más difícil quizá es el que intenta abrazar toda una época, el que penetra en todos los hechos para seleccionar y explicar sólo aquellos que fueron esenciales en el periodo. Dos épocas de nuestra historia, la prehispánica y la colonial, parecen dignas de un examen semejante. Las dos cuentan con suficientes estudios de carácter económico. Las dos han sido estudiadas con rigor en casi todos sus aspectos. Nadie ha intentado analizar su historia a través del cristal de lo económico.

Examinar la época prehispánica a través del maíz y la agricultura no sólo es apasionante, es fundamental. Es estudiar también el origen de la estructura familiar y social de esos pueblos; es un camino necesario para comprender tipos de poblamiento y de organización política; es la vía natural para penetrar profundamente en la cultura, la religión, los mitos y la visión del mundo del hombre prehispánico; en una palabra, el maíz está presente en todas las manifestaciones de esas culturas.¹⁰

Los libros sagrados de esos pueblos cuentan que el primer hombre fue hecho de maíz. Sus descendientes, todavía numerosos, no han podido romper ese hechizo original y, junto con el cultivo del cereal sagrado, han prolongado hasta estos días estructuras económicas, sociales y mentales de origen milenario. He ahí otra investigación, complementaria de la anterior, que aclararía mucho del pasado y del presente.

¹⁰ Una bibliografía muy amplia sobre el maíz en esta época: Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano, *Bibliografía del maíz en México*. Universidad Veracruzana, Jalapa, 1966.

¿Qué sobrevivió de la cultura indígena, mediante qué adaptaciones y cómo y por qué fue aceptado en la economía y la vida de los vencedores? Es la historia presentada pero no escrita de nuestras comunidades indígenas a través de pruebas de fuego sucesivas: Colonia, Independencia, Reforma, Porfiriato, Revolución... hasta los hijos de Sánchez. Un tema apasionante que ofrece la ventaja para el historiador de entrar en contacto con antropólogos, folkloristas, sociólogos y economistas, y desde luego con los restos vivos y muertos del mundo indígena.

La época colonial es una época más compleja: conviven en ella dos economías, y una de ellas está ligada a una metrópoli en crisis permanente que participa de la economía mundial. Puede decirse que casi todos los aspectos de la economía colonial, incluidas sus relaciones con el exterior, han sido tocados por la investigación reciente. Sin embargo, todavía no se llega a definir con claridad de qué economía se trata, ni cuáles son sus principales características. Comparando la economía de los centros de población blanca e indígena, algunos han hablado de "economía dual" y de "colonialismo interno". Otros, al examinar la minería y la industria textil, han dicho que se trata de capitalismo. Quien ha estudiado la agricultura señala que estamos ante una economía " eminentemente agrícola " y sugiere que los principales fenómenos económicos de la época tienen ese carácter. ¿Y qué decir acerca de aspectos menos estudiados pero tan conocidos como las diferentes economías que coexisten en una misma región, la pequeñez de los mercados, los problemas de transporte, la escasez de circulante o la tendencia a la inversión suntuaria de los ricos de la época? Todo ello habla en favor de un análisis que pondere esos elementos y les asigne su jerarquía e influencia en el desarrollo de la sociedad colonial.

Por otra parte, también esta época pide un análisis semejante al señalado para el periodo prehispánico: un enfoque montado entre dos épocas que distinga las esencias que el periodo colonial hereda al independiente.¹¹ Se verá entonces, como ya lo han mostrado algunos historiadores, que la división política que separa esas épocas es arbitraria, que muchas de las principales estructuras coloniales se prolongan sin modificación hasta muy avanzado el siglo xix. Y, sobre todo, un análisis de este tipo proporcionaría una base sólida para comenzar el estudio en profundidad de nuestro gran siglo olvidado. Pero para iluminar mejor este siglo, quizá convenga también ensayar otros métodos.

¹¹ Un modelo de este tipo de estudios lo ofrece el excelente libro de W. P. Glade, *The Latin American Economies. A Study of their Institutional Evolution*. American Book, New York, 1969; y el también excelente ensayo de Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America. Essays on Economic Dependence in Perspective*, próximo a publicarse por Oxford University Press.

Análisis general cuantitativo. El siglo XIX, en efecto, no cuenta ni con suficientes estudios económicos ni con esa cantidad impresionante de valiosas aportaciones sobre la historia política, social, institucional o cultural que facilitan la tarea en otras épocas. Pero si es pobre en obras, es en cambio un siglo extraordinariamente rico en fuentes, sobre todo para la historia económica (estadísticas regionales, generales, sectoriales, diccionarios geográfico-económicos, memorias, censos, etcétera). Esta circunstancia, además de ofrecer la posibilidad de una interpretación nueva y bien fundada del periodo, agrega el atractivo de probar un método ya generalizado en los estudios de historia económica. Los historiadores lo llaman análisis cuantitativo. Su rasgo distintivo es el uso de datos seriados y su mecanismo es el siguiente. Primero: seleccionar algunas "variables" o sectores económicos significativos. Segundo: acumular la mayor cantidad posible de datos seriados y continuos sobre cada una de esas variables, de manera que éstos sirvan para construir series completas y dilatadas en el tiempo. Tercero: registrar las tendencias y movimientos de cada variable, establecer sus relaciones y determinar el sentido de la tendencia general. Cuarto: integrar el resultado de la investigación en el cuadro económico de la época y proceder a su interpretación. Un enfoque como éste se antoja útil, necesario y oportuno para el siglo XIX. La selección y estudio de algunas "variables" representativas de su desarrollo demográfico, de la historia agraria, del desarrollo industrial, del comercio interior y exterior, de la hacienda pública y de la política económica, proporcionaría en corto tiempo un cuadro sólido de las principales tendencias económicas del periodo.¹² Un cuadro que propondría, además, problemas concretos para la investigación futura.

Pero tales empresas son generalmente colectivas y requieren de grandes inversiones. De manera que, más que de la voluntad de los historiadores, su realización depende de una "política institucional" que las estimule.

Análisis regional y local. Quien no tiene oportunidad de hacer la síntesis o el análisis general de toda una época, le queda como última perspectiva de conjunto intentar la historia económica regional o local. La importancia de este tipo de estudios para la historia general de

¹² En relación a este tipo de análisis véanse los modelos que ofrecen los economistas: Douglas C. North, *Growth and Welfare in the American Past. A New Economic History*. Prentice-Hall, New Jersey, 1966; J. Marczewski, *Introduction a l'histoire quantitative*. Droz, Ginebra, 1965; y los que proponen y aplican los historiadores: Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia*. Ariel, Barcelona, 1964; P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730*. SEVPEN, Paris, 1960; R. Bachrel, *Une croissance: La Basse-Provence Rurale (fin du XVIIe siècle—1789)*. SEVPEN, Paris, 1961; y P. Vilar, *La Catalogne Dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*. SEVPEN, Paris, 1962.

México la señaló hace poco, de palabra y con obra, Luis González.¹³ Y bastaría mencionar la variedad geográfica del país y el desarrollo desigual de sus regiones para admitir que estos estudios son también capitales para la historia económica. A pesar de ello no hay estudios históricos sobre el desarrollo económico del norte del país, ni sobre el centro, las zonas de tierra caliente o las regiones marginales. Aquí, como en otros casos, la magnitud de nuestra negligencia sólo es comparable a la importancia de lo que nos empeñamos en ignorar.

He ahí, pues, una meta más para la investigación futura: el estudio histórico del desarrollo regional. Un largo camino que se puede acortar si se establece diálogo con geógrafos, antropólogos, economistas, sociólogos e historiadores de la vida parroquial.¹⁴

Naturalmente que junto al estudio regional debe estimularse el estudio del desarrollo económico de pueblos y ciudades, pues así como el análisis regional corrige, apoya y vuelve profundo el análisis general, así también la historia del pueblo más pequeño enriquece y complementa el análisis regional. Metodológicamente el análisis de la unidad más pequeña debería preceder a los demás, pero eso está tan alejado de nuestras posibilidades que deben buscarse fórmulas mixtas que combinen la profundidad en el estudio con el conocimiento de espacios cada vez mayores. Pueblo, región, país, he ahí las metas de este triple enfoque.¹⁵ El carácter alternativo o simultáneo que tienen todos estos enfoques, además de permitir intercambios siempre valiosos de métodos y experiencias, puede ayudar también a delinear una política de investigaciones, tan necesaria en un país donde los recursos humanos y materiales son escasos. Así, en algunos Estados puede pensarse en la posibilidad de que mientras una institución coordina el análisis económico regional interdisciplinario, otros investigadores estudien individualmente el desarrollo de pueblos y ciudades representativos de ciertas condiciones económicas de la región. Sólo a través de la jerarquización de nuestras necesidades y de la cooperación con otros investigadores podremos llegar a conocer, en un plazo corto, lo que por tanto tiempo hemos ignorado.

B. *El análisis sectorial*

Señalemos, por último, la conveniencia de estimular un tipo de aná-

¹³ Véase en su libro ya citado, *Pueblo en vilo*, la introducción.

¹⁴ A un antropólogo, Miguel Othón de Mendizábal, se debe el único estudio histórico sobre desarrollo económico regional que recuerdo: "Evolución del Noroeste de México", *Obras completas*. México, 1946, t. III, pp. 7-86.

¹⁵ Como modelo de análisis económico cuantitativo aplicado a regiones y pueblos, véanse las obras de P. Goubert, R. Baehrel y P. Vilar, citadas en la nota 12.

lisis económico que, además de venir en apoyo de los anteriores, combina las cualidades del análisis monográfico con las del análisis general: el análisis por sectores o ramas de la actividad económica. El objeto de este análisis es sólo una porción del todo económico —agricultura, desarrollo industrial, comercio, etcétera—; pero se trata de partes complejas cuya comprensión exige un análisis total de sus diversos elementos. Así, cuando el tema es demasiado vasto, es posible encerrarlo en límites geográficos o temporales y obtener entonces mayor profundidad. Otras veces, si hay ambición y recursos, puede intentarse una empresa más audaz, por ejemplo la historia agraria del periodo independiente, combinando el estudio de las estructuras (propiedad, cultivos, técnicas, trabajo, mercados, etcétera), con el análisis de los movimientos de la coyuntura económica (producción, precios, salarios, venta, etcétera). En ambos casos, sea que se limite a una época y lugar o que se extienda a varios espacios y tiempos, este análisis permite la aplicación de los métodos cuantitativos más recientes al lado de las técnicas tradicionales. Es decir, es un enfoque que como los anteriores puede adecuarse a las necesidades de cada investigador, y que por otro lado ofrece un sólido apoyo al análisis general. En los países donde más se practica se le concibe como un análisis en profundidad de una parte del hecho económico que enriquece la comprensión de hechos no económicos. Aquí, como en otros casos, el problema de pasar de lo económico a lo social y de ahí a otras realidades no es, nunca ha sido, un problema de método: depende de la concepción que cada investigador tiene del mundo y de su oficio.

Veamos, pues, muy rápidamente, algunos sectores de nuestra historia económica que podrían beneficiarse con este enfoque.

Geografía económica. Se ha dicho que la historia de México no se entiende sin el estudio de su geografía; que el destino de sus habitantes lo ha dictado una geografía complicada y hostil. Pero la geografía que por costumbre hemos estudiado no es la que se mueve con el hombre y le impone desafíos y servidumbres *históricas*: es una geografía detenida en el espacio, sin horizontes temporales. Y lo que necesitamos es justamente una geografía dinámica, una geografía que registre tanto los cambios naturales como los procesos que se inician cuando el hombre traba contacto con su medio natural.

Un ejemplo puede aclarar lo que quiero decir. Los geógrafos nos dicen que en este país hay tres grandes regiones naturales: 1. La región de las tierras secas extratropicales (el norte); 2. la región de las altas tierras tropicales (el altiplano) y, 3. la región de las tierras tropicales bajas y calientes. Sobre las tres hay valiosos estudios que explican su composición, desarrollo, flora, fauna, variaciones, características, etcétera. Todo, menos la historia de ese mundo en su relación con el hom-

bre. Por su lado, los historiadores saben que de esas regiones sólo el altiplano ha sido centro de poblamiento estable desde hace miles de años; lugar de equilibrio entre el medio natural y las necesidades humanas, aunque en repetidas ocasiones ese equilibrio haya peligrado. En el norte no hubo esa adecuación y sólo cuando llegaron otros hombres con instrumentos y mentalidad diferente a la de los primitivos pobladores pudo romperse el límite natural que impedía penetrar la región. Por último, las tierras bajas y calientes, aunque pobladas intermitentemente desde la época prehispánica, son una conquista de nuestro tiempo, de la nueva tecnología y de un Estado con capacidad económica para hacer grandes inversiones en obras de infraestructura.

Es decir, en cada una de esas tres regiones ha habido una relación diferente entre el hombre y su ambiente, una historia cuyos avances, estancamientos y retrocesos no conocemos. Las huellas de esa relación entre el hombre y la naturaleza esperan al historiador que las reconstruya y exprese su dinámica: están en el paisaje mismo, en el nombre dado a la tierra y a los pueblos, en archivos y bibliotecas.¹⁶ Su estudio requiere el contacto con otros especialistas y la experimentación de nuevos métodos y técnicas.

Historia demográfica. Por razones diversas —apego a las fuentes tradicionales, ignorancia de los métodos cuantitativos, etcétera— la demografía histórica que se practicaba en nuestro medio se había reducido a indagar el número total de habitantes que tuvo el país en diversas épocas, acudiendo en todos los casos a fuentes y cifras aisladas que no daban idea del movimiento de la población. Esta predilección por la imagen fotográfica cambió un poco cuando comenzaron a publicarse los estudios de la llamada “escuela de Berkeley”. Se dieron a conocer entonces nuevas cifras sobre la población indígena, nuevas fuentes y métodos, nuevas explicaciones de las causas que provocaron la catástrofe que abatió al mundo indígena. Con todo, persistió una constante que había obsesionado a los viejos investigadores: el interés por determinar el número de pobladores que había inmediatamente antes y después de la llegada de los españoles. O sea que si exceptuamos unos pocos trabajos, la mayoría de las nuevas aportaciones siguen dominadas por la maldición del padre Las Casas: su problema es dilucidar si fue mayor o menor el derrumbe demográfico después de la Conquista. Esa obsesión explica la abundancia de estos trabajos en el siglo xvi y su pobreza exasperante en el resto de la Colonia y en todo el periodo independiente.

Sin embargo, desde hace poco se gesta una revolución que conviene

¹⁶ Los estudios citados en la nota 4 contienen sugerencias temáticas y metodológicas de interés para la historia de la geografía económica en México.

precipitar: el estudio cuantitativo del movimiento y las estructuras demográficas basado en la explotación de los archivos o registros parroquiales. En Europa este análisis ha revolucionado los estudios demográficos porque a través del recuento y examen secular de bautismos, defunciones y casamientos ha sido posible reconstruir el movimiento y las principales tendencias demográficas de una época; y porque a través del llamado método de “reconstrucción de familias” se puede penetrar también en la estructura demográfica de las sociedades antiguas: fecundidad, mortalidad infantil y juvenil, crisis demográficas; pirámide de edades, proporción entre los sexos, población activa, etcétera.¹⁷ Apoyado en estos datos y métodos el análisis demográfico se ha convertido en un instrumento esencial de la historia económica. Como resultado de otros factores —clima, epidemias, crisis agrícolas— o como factor de crecimiento o de parálisis económica, la “variable demográfica” es hoy imprescindible en todo estudio de historia económica, social o política.

Aplicar a la historia de México esos métodos y técnicas es sólo cuestión de tiempo, y mejor dicho, de apoyo institucional. Los archivos mejor conservados, los parroquiales, esperan a los investigadores. Algunos guardan libros de bautismos, defunciones y casamientos fechados desde 1550. La mayoría se prolonga hasta fines del siglo pasado, y en algunos pueblos apartados llegan hasta 1960. Esa magnitud obliga a pensar en la selección de pueblos representativos de ciertas regiones, para obtener pronto un “muestreo” de diversos desarrollos demográficos.¹⁸

Historia agraria. Quien recuerde algunos estudios clásicos sobre este tema, como el de Chevalier, por ejemplo, pensará que este sector es de los más conocidos de nuestra historia. Grave error: ignoramos quizá demasiado de él. ¡Y se trata del sector que por más tiempo ha señoreado la historia económica y social de este país!

País de grandes haciendas y de latifundistas, de indios sin tierra y peones endeudados, de tierra avara y cosechas “aventuradas a la voluntad del cielo”; país sacudido por interminables luchas agrarias... Y bien, todavía no hemos hecho la historia de esas haciendas dominadoras del campo y la ciudad: cerealeras, ganaderas, pulqueras, azucareras. Conocemos algunos de sus rasgos generales, no su historia interna: ¿Qué

¹⁷ Sobre los métodos y aportaciones de este análisis véase el libro de P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*, ya citado; también D. V. Glass y D. E. C. Eversley, *Population in History*. Londres, 1965; M. Fleury y L. Henry, *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population: manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*. Paris, 1956; L. Henry, *Anciennes familles genevoises*. Paris, 1956.

¹⁸ Se han hecho estudios, sin publicarse aún los resultados, en Acatzingo y Cholula (Puebla), sobre los registros de la época colonial.

producían y para qué mercados? ¿Qué técnicas y sistemas agrícolas aplicaban? ¿Cuál era su organización interna? ¿Cuáles eran sus ganancias y su destino? ¿Cuál fue su función social en la historia rural? ¿Qué cambios experimentó la hacienda desde su nacimiento en la época colonial hasta su muerte con la Reforma Agraria? ¿Qué importancia económica tuvo en el siglo xix? ¿Cuál fue su influencia en la vida social y política de ese periodo? Todo eso y más desconocemos de la hacienda. ¿Y qué se puede decir de la historia agraria de las comunidades indígenas, de las luchas y explosiones campesinas?

La historia de nuestro campo está todavía por hacerse. Cada nuevo estudio ofrece una sorpresa.

Industrias y artesanías. Una sola monografía, la de R. C. West sobre el real de minas de Parral, aunque excelente, no basta para formarse una idea de la principal industria de la época colonial. Tampoco es reconfortante señalar que las páginas que Humboldt dedicó a la minería hace más de siglo y medio se mantienen como la mejor visión de conjunto sobre el tema. Es, pues, imprescindible investigar los principales centros mineros (Zacatecas, Álamos, Chihuahua, Guanajuato, San Luis Potosí, Taxco, etcétera), para precisar las alzas y bajas de la producción minera y evaluar la importancia de esa actividad en el desarrollo económico y social de la Colonia. Por otro lado, las aportaciones recientes de D.A. Brading sobre la minería del siglo xviii muestran la conveniencia de combinar el estudio cuantitativo de la producción con el estudio de los hombres que desarrollaron esa actividad. Por ese camino la historia económica pasa a ser lo que siempre debe ser: historia social. Y hasta la fecha sabemos poco de los mineros, de los propietarios y de los trabajadores, de la vida de las minas y de su importancia social y política en el norte donde prosperaron.

En el siglo xix, mientras la mayoría de las minas se encontraban anegadas y destruidas, la minería atrajo los primeros capitales extranjeros y fue tema de graves reflexiones para hombres de Estado que vacilaban entre revigorizarla o impulsar otras actividades. Pero ni los capitales extranjeros ni el interés de algunos mexicanos pudieron reanimarla. Su postración produjo la ruina y el despooblamiento vertiginoso de ciudades antes prósperas, la desaparición de numerosos pueblos y un futuro oscuro para muchas regiones del país... Quizá por ser ésta una historia triste, sabemos tan poco de ella.

El estudio de las industrias y artesanías textiles ha tenido mejor suerte, pero hacen falta monografías que nos aproximen a su funcionamiento y vida interna, a la historia de su producción. Por otra parte, los grandes centros fabriles e industriales del siglo xix (Orizaba-Río Blanco, Puebla, Monterrey, Jalapa, etcétera), todavía esperan su historiador. Algunos, como Orizaba-Río Blanco, son representativos de

las grandes transformaciones que sacuden ese siglo: su historia es la historia de los primeros centros fabriles, de la introducción de la tecnología más moderna, de la formación de un proletariado, de las primeras huelgas con reivindicaciones sociales y políticas...

Comercio interior y exterior. El comercio interno ha sido un tema francamente menospreciado por los historiadores de la época colonial y apenas estudiado por los que se ocupan del siglo xix. Sin embargo, detrás del estudio de ese comercio, de las alcabalas, aduanas, ferias, caminos y transportes, está la clave para comprender una característica fundamental de la estructura de esas sociedades: la reducida extensión de sus mercados. Influyeron en la formación de esa estructura, todavía no sabemos exactamente cómo ni en qué proporción, los accidentes de la geografía, el autoconsumo y el casi nulo poder de compra de la gran masa indígena, la política proteccionista y elitista del imperio español, la situación colonial, el desarrollo de intereses monopólicos locales... Todo ello limitó el desarrollo posterior del país: opuso un freno al crecimiento del periodo Porfirista y sigue siendo hoy uno de los grandes problemas nacionales. Los archivos de las oficinas que forjaron esas limitaciones (aduanas, peajes, alcabalas), contienen una impresionante documentación que puede manejarse cuantitativamente para fijar el volumen de la circulación comercial a escala citadina, provincial y nacional. Es un material virgen.¹⁹

En cambio, el comercio exterior ha sido un tema bastante frecuentado por los historiadores, especialmente por los extranjeros. Sin embargo, todavía hay que completar la larga serie construida por Huguette y Pierre Chaunu, sobre todo en la parte relativa al siglo xviii, para unirla a las series de minería y precios agrícolas y comprender mejor el crecimiento de fines de la Colonia. Por otro lado, todavía no se responde una pregunta fundamental tanto para la Colonia como para el siglo xix: ¿cuál fue la influencia real del sector externo en la economía del país? ¿Qué actividades y qué regiones fueron estimuladas o vieron limitarse su desarrollo como consecuencia de la demanda externa? ¿Cómo afectó al desarrollo general del país? ¿Qué estructuras internas determinaron que las relaciones con el exterior se establecieran de una manera y no de otra?

Hacienda pública y política económica. Una constante de los estudios de historia económica ha sido su interés en el desarrollo y los

¹⁹ Para el tratamiento de este material y la posibilidad de aplicarle métodos cuantitativos véase Oscar Altimir, Ezequiel Gallo, Nicolás Sánchez Albornoz y Horacio Santamaría, "Las relaciones económicas interregionales. Metodología para su estudio en el Virreinato de Río de la Plata", *Moneda y Crédito*, 99, dic., Madrid, 1966, pp. 67-89.

problemas del sector privado. En cambio, se ha ignorado la organización económica y administrativa del Estado, y su participación como promotor o regulador del crecimiento económico. Un tema del que se habla mucho hoy día pero del que se desconoce su historia.

No fue sino hasta hace poco que un pequeño y excelente estudio de Andrés Lira vino a revelarnos la estructura de la Real Hacienda a fines del periodo colonial. En un apéndice el autor mostró también la posibilidad de cuantificar el ingreso y el gasto público, utilizando fuentes éditas. Los archivos españoles contienen el material suficiente para convertir esa posibilidad en realidad. ¿Y qué decir de lo que puede hacerse sobre el mismo tema en el siglo XIX? Las fuentes de la época son tan abundantes que la investigación se puede hacer a escala estatal y nacional. Y quizá por este camino se aclaren, además de otras cosas, muchas de las interrogantes que rodean la disputa entre centralistas y federalistas. Queda, además, abierta la posibilidad de estudiar la intervención del Estado en la actividad económica a través de fuentes cualitativas: decretos, leyes, reales cédulas, códigos, etcétera. Lo cual llevaría, finalmente a comparar la legislación o las intenciones con la realidad.

Grupos económicos, clases sociales y participación política. Deje para el final la consideración de esta trilogía no porque deba tratarse como un sector o una parcela más de la historia, sino porque creo que debe estar presente en todo estudio de historia económica. Nada impide transitar de los hechos económicos bien establecidos a los hombres que padecen y promueven la actividad económica; y si desde esta ventana observamos lo que impulsa y anima a esos hombres, sus esperanzas y sus ideas, sus intereses y sus pasiones, entonces estaremos haciendo historia a secas, historia del hombre entero. Esa aspiración, para muchos una utopía, puede satisfacerla el historiador que por preferencias metodológicas se especializa o parte de los hechos económicos.

Hay muchos estudios y materiales que apoyan ese enfoque que va de lo económico a lo socio-político. Sólo hace falta la concepción que guíe el proceso de integración. Las alzas y bajas de la actividad económica, sus crisis y contracciones, no son fenómenos que ocurren en el aire: afectan a empresarios, comerciantes, mineros, agricultores y compradores, a hombres concretos. ¿Por qué no observamos entonces las reacciones que cada uno de esos grupos adopta ante los acontecimientos? Como todos sabemos esas reacciones sobrepasan siempre la esfera de la actividad económica. Los hombres que forman grupos económicos poderosos son fáciles de conocer. Un historiador interesado, por ejemplo, en el crecimiento económico de fines del periodo colonial, podría integrar rápidamente una lista de los principales mineros, comerciantes y agricultores que se beneficiaron con el auge. Podría también hacer un cuadro de sus intereses económicos y ver en qué sectores

de la actividad económica se reparten. Finalmente podría hacer un cuadro de sus relaciones familiares y sociales, y así poder establecer las relaciones entre intereses económicos, familiares y grupos sociales. Los acontecimientos políticos que se inician en 1808 y concluyen en 1821 le darían, por último, la oportunidad de estudiar la conducta y las decisiones políticas que esos grupos adoptan ante el proceso revolucionario. El resultado sería un estudio de historia social y política asentado en datos económicos.

Un estudio que combinara estos enfoques parece útil para el siglo XIX. Seguramente podría dirimir muchas interrogantes sobre las luchas políticas y sociales entre conservadores y liberales.

En fin, el estudio económico, familiar, genealógico y social de los poderosos es siempre posible. Aparecen en todos lados y su relieve o su exhibicionismo los hacen presa fácil del historiador. Más difícil es precisar la situación económica, social o política de ese todo indiferenciado que llamamos pueblo, plebe, masa, campesinos, proletariado... Y, sin embargo, es indispensable que el historiador procure diferenciar hasta donde es posible los diversos contenidos y estructuras de un movimiento popular. Decir "rebeliones campesinas" sin precisar si se trata de indígenas desposeídos de sus tierras o de pequeños propietarios, es confundir, no hacer historia. Es ignorar que una determinada situación económica produce un tipo de reivindicaciones sociales y cierta praxis o conducta política. Parece a veces que son diferencias de matiz, pero son esenciales para comprender el sentido profundo de un movimiento popular. La revolución zapatista no se explica como movimiento campesino así a secas, sino como un movimiento de comunidades indígenas campesinas, según lo percibió Chevalier y lo demostró Womack. Aquí, como en muchos de los ejemplos anteriores, la relación entre historia económica y social se revela indispensable, necesaria.